

*Mi zapatilla izquierda*

Pilar Bellver

## *Mi zapatilla izquierda*

Pilar Bellver

---

Porque me lo pidió ella, mi zapatilla preferida... Si me lo llega a pedir cualquier otro u otra, no le habría hecho caso.

Me lo pide, por ejemplo, cualquiera de mis arrogantes zapatos de tacón y le digo que no, que ni hablar. No, porque no me faltaba a mí más que concederles caprichos..., con lo presumidos que son: se creen algo mirando siempre a los demás por encima del talón. Son una clase social endogámica y caduca, ellos y sus medias finas. Son nada (tienen menos cuerpo y menos material que cualquiera), pero se creen los reyes del armario. Van por el mundo pisando fuerte (sin darse cuenta, que es lo peor, de lo en precario que pisan) y exhibiendo sus tacones altos como machitos, luciendo pene enarbolado y amenazando, además, con meterlo en cualquier raja. Y joden un montón, eso sí que es verdad, no hay quien los aguante una tarde entera. Pero como los sacas a pasear siempre por mármoles y alfombras, como no conocen otras piedras que las preciosas de bisutería que lucen puestas ellos mismos o sus semejantes, ni conocen otra nieve que la del confeti ni otra selva que la de las serpentinas, como ni la lluvia conocen porque los metes en un taxi a la primera gota..., están convencidos de que han nacido para la fiesta, el lujo y la representación.

Sales con ellos y no se dan cuenta (igual que esos nenes engominados, llenos de másteres falsos y llenos, sobre todo, a cada paso, del “nosotros-en-casa-siempre-hemos”, que es el título más grande con el que cuentan para impresionar en la primera cita y con el que pretenden que se les convalide cualquier lujo presente nuestro por un hábito antiguo entre los suyos: ahora que todos son de criadero no se nota mucho la diferencia, pero nosotros en casa siempre hemos preferido el bogavante a la langosta...), de que estás deseando llegar a casa para quitártelos de encima. No se dan cuenta de que luego pasan semanas y semanas sin que se te ocurra volver a salir con ellos. Y como les resulta imposible imaginar que alguien los postergue, se creen todas las excusas: “es que hace mucho que no salgo, es que he tenido mucho trabajo, es que ese sábado que dices estuve de fin de semana visitando a mi familia...”

Los de tacón, digo, son vergonzosamente incultos, pero tan petulantes, que se atribuyen saber de casi todo. Creen que saben de pintura, por ejemplo, porque han ido a alguna exposición, pero ¿qué exposición, señores? La de algún pintor de moda, joven e insulo, pero bien apadrinado, que venderá cuadros mientras se

mantenga sin cumplir los treinta, esa fecha de caducidad en la que casi todos pierden definitivamente sus capacidades de sobrevaloración inversionista... ¿Qué exposición y qué saben ustedes de pintura si nunca han pisado un museo? Conozco casi todos los museos importantes del mundo occidental y doy fe de que no han venido conmigo a ninguno... ¿Cultura? No han pisado un instituto, y qué vamos a decir de la universidad, si yo creo que ni saben que existe... Pero ellos no son conscientes de su ignorancia. Para una vez que fueron a una conferencia (que ni era conferencia ni nada, no era más que un homenaje, con su cóctel y su brindis) en el que el agasajado habló de economía profunda, que no sumergida, como podía haber hablado de caleidoscopios semienterrados o de epidérmicas sinestias locales en el desarrollo potencial de los gradientes sociales... se creen intelectuales puros. ¿Cultura? ¿Cómo puede alguien considerarse medio culto, ni culto de perfil bajo siquiera, sin haber viajado jamás? Jamás. Éstos jamás han formado parte de una maleta, no ya de vacaciones, ni de fin de semana.

Y se creen influyentes porque una vez salieron unos de su familia en un video (que se hizo famosísimo, eso hay que reconocerlo, a pesar de que no tuvo distribución comercial); de protagonistas salieron, en los pies travestidos de un aspirador-aspirante de y a todo y seguidor de nada, un difamador profesional de religión amarilla, un sicario de sí mismo, pero director de un periódico, capaz de esconder el Pepe de su nombre bajo una sigla, y capaz de ponérselos para conjuntar con su corsé de hembra de pelo en pecho y con los de la puta, también de aguja y puntera fina, con la que aparecía en el video dándose a prácticas de riego; una puta de las de toma y daca, más daca que toma. Y como era el del corsé, el hombre, y no la puta, el que les suplicaba a ellos, a los de la puta, que se le adentraran por el culo, se creen los hacedores directos de un escándalo capaz de mandar a tomar por saco la carrera política del más ambicioso de los españoles, o sea, una especie de mafiosos secretos y eficaces. Ahora ya casi nadie se acuerda de ellos, de aquellos zapatos de tacón de la estirpe de los antes mencionados, de los “nosotros-en-casa-siempre-hemos” (preferido las medias de seda a los condones), pero ellos siguen teniéndose por miembros del más alto poder en la sombra, tan alto el poder, tan empinado y sometedor, que obligan a cualquiera que pretenda algo a andarse de puntillas en su presencia.

Incluso a mis bonachonas botas de montaña les habría dicho que no si llegan a pedírmelo. A ellas por razones muy distintas, desde luego, pero también les habría dicho que no, por muy abnegadas y generosas que sean. Y eso que me encantan las botas de montaña... Tienen un carácter envidiable; ya me gustaría a mí ser como ellas: resistentes, pero delicadas al mismo tiempo; fuertes y duraderas como ellas solas, pero humildes y pacientes... Parece mentira que sean de la misma especie que los de tacón. Varían como de la noche al día. Por mucho tiempo que haga que no te acuerdas de ellas, ellas siempre te reciben con un abrazo amoroso, y ni siquiera se quejan si no te has acordado de avisarles antes de salir para que hubieran podido lavarse y arreglarse un poco; ellas nunca te ponen problema, siempre están dispuestas. Son incapaces de guardarte rencor por el olvido, y por eso no te la juegan nunca a traición, cuando ya no puedes escapar de ellas, como esos otros zapatos, aparentemente cómodos, que te ponen buena cara al principio, con tal de que te confíes y los saques y que, en cuanto te tienen bien sujeta por los

pies, se ensañan contigo y te sacan ampollas del tamaño de un euro. Sin embargo, ellas no; ellas, al contrario, te miman porque se hacen cargo de lo duro que es para ti trasponer sin parar hasta aquel valle o remontar aquella cuesta... Es más, tú llegas allá arriba que no puedes ni con tu alma (y sabes de sobra que si has llegado hasta lo más alto, y además sin escurrizonas ni raspaduras, ha sido en mucho sólo gracias a ellas) y entonces ves que ellas, lejos de reclamarte atención como su parte de gloria, tienen todavía la generosidad de apartarse con discreción para que puedas meter los pies descalzos en el agua helada del lago... y luego, cuando recurres a ellas otra vez para volver al refugio de abajo o al coche, no sólo no se hacen las ofendidas, sino que hasta parece que se hubieran agrandado para ti, con tal de que las notes menos aún que antes. Nos quieren incondicionalmente, como las madres antiguas, y por eso nos dan seguridad y confianza para atrevernos a ir más allá de lo que vemos. Ellas son casi lo único de este mundo comparable, efectivamente, a aquellas buenas madres de pueblo, que se sacrificaban por nosotras en silencio toda su vida, hasta que no les quedaba ya más piel que sus arrugas ni más ambición que la de morir sin molestarnos con alguna enfermedad final.

Tampoco a una de mis alpargatas de andar por casa le habría dicho que sí. Tampoco, porque... por muy bien que me venga tenerlas y por muy agradecida que yo les esté por el servicio que me prestan, en el fondo, ellas y yo no nos entendemos. Tienen una forma de ver el mundo que no me gusta: demasiado plana. Carecen por completo de ideales; no se emocionan por nada, nada les sirve de acicate para esforzarse en aprender; nada les llama la atención más allá de sus empeines. Su pragmatismo es tan radical que, si por ellas fuera, el mundo se quedaría eternamente como está ahora mismo y restringido a las dimensiones de mi apartamento; todo porque, según ellas, estamos muy bien donde estamos y como estamos. No les hables de la utopía o de mundos nuevos por explorar o viejos por recorrer porque no sólo no te escuchan, sino que abren su enorme boca, “¿Ah, sí? ¡No me digas!”, en una mueca aspaventosa de burlona admiración, y se ríen de ti en tus tobillos.

Se pasan la vida tumbadas y durmiendo, y son tan vagas y comodonas, se tienen tan aprendidas las obligaciones de su convenio, que no les pidas que vayan más allá del rellano del portal porque ya consideran un abuso por tu parte hacerlas llegar hasta allí sólo para sacar las cartas del buzón. “Y ya ves tú qué cosecha: dos del banco y una de la luz”, te dicen. Son quisquillosas y cotillas; y se creen insustituibles. A su manera, son tan creídas o más que los zapatos de tacón. Tal parece que seas tú la que esté siempre en deuda con ellas. Y te meten tal miedo en el cuerpo sobre lo espantoso que sería para ti que las perdieras o te dejaran ellas, que ni te atreves a pensar en su jubilación. Y envejecen mal, muy mal. Cada vez se niegan más a bañarse porque dicen, como las viejas de antes, que están tan viejas, que les podría pasar algo irreparable. Y, como las viejas, huelen. Las unas a pies y mis alpargatas a vieja de antaño.

Además, son celosas como ellas solas. Mi perra Chusca, cuando no estoy en casa, para consolarse de mi ausencia, busca mi olor por todas partes y ellas, que son las que más tienen, no soportan compartirlo. Se llenan de una exageración de pelos suyos por fuera y por dentro (que yo lo de por dentro no sé cómo lo hacen)

y todo para venir a demostrarme que, cuando me voy, debo encerrarlas donde la perra no pueda encontrarlas. Y me tienen frita con eso porque, como es verdad que algo huelen, no puedo meterlas en el armario (que es lo que a ellas les gustaría para fardar delante de todos los demás zapatos que ellas son allí las dueñas y señoras); lo que hago es sacarlas a la terracilla de la cocina y ponerlas en alto, en el estante de los productos de limpieza, para que la Chusca no pueda alcanzarlas, y para airearlas un poco, de paso. También con la esperanza de que se les pegue algo del olor general a suavizante que hay allí. Pero aun así se quejan. No paran de quejarse. En invierno dicen que no aguantan el frío allí fuera y que se congelan si llego un poco más tarde de trabajar; y van y se encogen, para vengarse, y hasta se me quedan chicas si me descuido; sin contar que la humedad hace que se vuelvan de cartón afilado por dentro. Y en verano se quejan porque dicen que en la dichosa terraza hace demasiado calor allí y que se cuecen; y lo cierto es que te las pones al llegar a casa y es como meter el pie en un caldo gallego, espeso y con tropezones de albondiguillas de paño. Estoy de ellas hasta la coronilla, cualquier día me armo de valor y...

Pero me lo pidió mi zapatilla preferida; la izquierda, además, que siempre se ha portado conmigo mejor, si cabe, que la derecha; más tolerante, más flexible incluso. Aunque ambas son exquisitas, la verdad; la verdad es que son ganas de distinguir por distinguir, una tendencia natural a preferir que no podemos evitar ni imponiéndonos el sentido de la justicia. Son mis favoritas, las dos. Y me lo pidieron por boca de una, es cierto, pero, al parecer, fue un deseo de las dos. Son preciosas mis zapatillas... Bueno, podrían considerarse también zapatos. No llegan a ser zapatillas de deporte porque éstas tienen ya, a mi edad (no podría llevarlas a todas partes como los adolescentes), un uso muy limitado. Y éstas, sin embargo, puedo ponérmelas para ir adonde quiera. No son exactamente zapatillas de deporte, pero imitan en algo sus formas y, sobre todo, su ligereza y comodidad, su versatilidad de terrenos. Son de cuero, un cuero pulido de color marfil combinado con un cuero más áspero de color tostado, que forman una composición muy limpia y muy elegante. Parece mentira lo elegantes que son a pesar de compartir una razón de ser ajena a cualquier forma dictatorial de la estética. Tienen muchos, pero delicados, pespuntes de hilo marrón que refuerzan los laterales, los talones y las punteras... pespuntes que adornan y refuerzan a la vez: esto sí está copiado de las puramente deportivas. Pero por dentro no, por dentro son lo que se dice un guante, y sin necesidad de guatas y acolchamientos que las hagan más gruesas; por dentro son una unidad continua y perfecta de un tejido especial, sin costuras peligrosas ni rebordes innecesarios, y por ahí es por donde se parecen mucho más a los zapatos finos cerrados de medio tacón que a las deportivas.

El resultado es una conjunción milagrosa entre limpieza sofisticada, por un lado, gracias a los tonos claros de los materiales, y espontaneidad cómoda, por otro, gracias a las formas anatómicas, pensadas, de sus ajustados volúmenes. Y es milagrosa porque esos dos conceptos, limpieza y espontaneidad, se vuelven contradictorios casi siempre, y cuánto no más si se trata de algo que ha de arrastrarse por el suelo... No hay más que ver lo sucias que llevan sus zapatillas, de fundamento blanco, los muy espontáneos púberes y jovencitos. Son tan espontáneos, que se atolondran por las aceras pateando con ellas cualquier obstáculo... y a ve-

ces el obstáculo está tomado del cine y es una lata y chorrea en rosa o en naranja porque se acabó la sed antes que el líquido. Y son tan espontáneos, ellos y sus deportivas, que ya ni cordones dinámicos llevan; ahora son cordones simbólicos, como galones de militar, listones fijos, horizontales y simétricos, que entran y salen de un material al que ya no sujetan... Son tan espontáneos, ellos y sus calzas, que se calzan y son calzados sin necesidad de agacharse a ajustar nada, y me da la sensación de que sin necesidad de mirar siquiera, porque da igual, tratándose de lanchones tan uniformes y cuadrados, adónde vaya a embarcarse el pie derecho o el izquierdo... Tan espontáneos ellos, decía, como sucias sus zapatillas. Sin embargo, la virtud de estas adorables zapatillas mías es haber conseguido la limpieza y la elegancia de unos zapatos de cóctel, pongamos, sin haber perdido ni una pizca de su vocación natural de zapatos cómodos, ajenos al protocolo. Mis zapatillas también son de color claro, casi blancas, pero huyen de la porquería como de un pecado y hasta repelen esa mierda ambiental que no tienen más remedio que respirar, sin embargo, nuestros pulmones cosmopolitas. Mucho se ha avanzado en los materiales y en el tratamiento de los materiales. Su piel tiene dado uno que impide la fijación de partículas desagradables. Y su suela presenta una retícula que soy incapaz de describir, pero que, según aseguran y yo he comprobado, permite al pie respirar sin el peligro de que el agua pueda entrar a su vez por el mismo sitio.

Y son preciosas, insito. Lo cual es una suerte porque esto de la belleza de un diseño (que no la ha buscado) o se da o no se da. Es fruto del talento, sin duda, pero el talento es, además de escaso, caprichoso: otros modelos de la misma familia no han salido con la misma gracia y el mismo estilazo que mis zapatillas...

Y ya te digo, porque fueron ellas las que me lo pidieron no pude negarme a ayudarlas. Les prometí que hablaría contigo. Ellas lo que quieren es ver cómo se sienten con tu pie dentro. Les gustaste desde la primera vez que te vieron, tanto o más que a mí, y desearon enseguida, como yo, abrazar alguna parte de tu desnudez.

Yo ya les he explicado que no todas las mujeres de más o menos la misma estatura tenemos el mismo número de pie; pero ellas insistieron en que eran expertas en el asunto y en que creían que nosotras dos sí. Me exigieron que te lo preguntara...

—Treinta y nueve.

—Pues es verdad, tenemos el mismo. Además de guapas, son listas. ¿Quieres probártelas?

—Son preciosas.

—Y comodísimas, ya verás. Aparte de cien por cien naturales. Piel y cauchos naturales. No usan tintes tóxicos ni dañinos para el medio ambiente... ¡ah! Y no las fabrican niños orientales sobreexplotados.

—Costarán una pasta entonces.

—Sí, pero menos que si fueran de cristal...

Dije y ella me miró y me sonrió mientras se descalzaba. Y yo pensé: “Bueno, ya sé lo que regalarle para su cumpleaños. Lo que no sé es cómo decirle que me estoy enamorando de ella. Acabo de dar el primer paso, sí, pero no es suficiente. Me pregunto si habrá oído lo que he dicho, lo de la desnudez, si habrá querido oírlo”.

Se puso primero la izquierda y pareció que sólo iba a ponerse una, como en las zapaterías, pero yo le hice un gesto para que se pusiera las dos.

—Sí, claro, la otra también —dijo ella enseguida, como pidiéndole perdón.

Y, con las dos puestas, se levantó para dar un par de pasos y mirarse con detalle los pies:

—Me gustan muchísimo. Diles de mi parte que yo también me había fijado en ellas, porque son preciosas y porque tenían toda la pinta de ser... lo que son, una segunda piel. Me dan ganas de abrir el armario y tirar todos los suplicios que me he estado poniendo. Díselo.

*Zahareña, 15 de septiembre de 2006*